

DESTRUYAN ESTE SANTUARIO

(Jn 2,13-25)

¹³ Se acercaba la Pascua de los judíos y Jesús subió a Jerusalén. ¹⁴ Y encontró en el Templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas en sus puestos. ¹⁵ Haciendo un látigo con cuerdas, echó a todos fuera del Templo, con las ovejas y los bueyes; desparramó el dinero de los cambistas y les volcó las mesas; ¹⁶ y dijo a los que vendían palomas: «Quiten esto de aquí. No hagan de la casa de mi Padre una casa de mercado». ¹⁷ Sus discípulos se acordaron de que estaba escrito: *El celo por tu casa me devorará*. ¹⁸ Los judíos entonces replicaron diciéndole: «Qué signo nos muestras para obrar así?» ¹⁹ Jesús les respondió: «Destruyan este santuario y en tres días lo levantaré». ²⁰ Los judíos le contestaron: «Cuarenta y seis años se ha tardado en construir este santuario, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?». ²¹ Pero él hablaba del santuario de su cuerpo. ²² Cuando fue levantado, pues, de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que había dicho eso, y creyeron en la Escritura y en las palabras que había dicho Jesús. ²³ Mientras estuvo en Jerusalén, por la fiesta de la Pascua, muchos creyeron en su nombre al ver los signos que realizaba. ²⁴ Pero Jesús no se confiaba a ellos porque los conocía a todos ²⁵ y no tenía necesidad de que se le diera testimonio acerca de los hombres, pues él conocía lo que hay en el hombre.

Estamos justos a la mitad del tiempo litúrgico cuaresmal. Estamos en la tercera de las cinco semanas que comprende la cuaresma (7x5=35; más los 5 días después del miércoles de Ceniza son 40 días). Entre otras cosas, la cuaresma nos devuelve a lo esencial, en todo el sentido de la palabra. Tanto el ayuno, la oración y la limosna no nos mueven sino, en el fondo y en un plano humano y también espiritual, a volver la mirada hacia lo esencial de nuestra caótica existencia. «Volver a lo esencial», resuena además como el nuevo imperativo categórico motivado por el Papa latinoamericano. Haciendo eco y viendo la necesidad imperiosa para que esta urgente verdad irrumpa en nuestras vidas, también el nuncio de nuestra patria acaba de publicar un pequeño libro intitulado: *Papa Francisco. La iglesia de lo esencial* (muy recomendable). Por todas partes, desde distintos puntos de vista, especialistas, profesionales, filósofos, teólogos, predicadores y escritores, nos dicen casi lo mismo. ¿Será que el hombre post moderno se ha alejado demasiado de lo esencial? ¿Será que navegamos ahora tan distantes de la orilla que ni reconocemos lo que quieren decirnos cuando nos hablan que la felicidad del hombre, el progreso de la sociedad y el bien de la Iglesia no dependen del consumismo sino de una vida basada en lo esencial? Y no sucede solo a nivel humano (observa dónde correamos, por qué nos agitamos, qué nos desespera), sucede también a nivel religioso (distintas voces discordantes resuenan aquí y allá, aparecen nuevos modos, incluso extravagantes, de relacionarse con Dios, somos maniáticos de la escrupulosidad ritual más que de cualquier otra cosa). Pero, preguntémosnos, ¿a qué se refiere, por ejemplo el Papa, cuando nos habla de buscar lo esencial en la vida o en la religión? O mejor, preguntémosle al Maestro. Él tiene palabras de vida eterna y Él conoce al Padre mejor que nadie (Mt 11,27).

La pascua de los judíos

Solo el evangelista Juan, para sorpresa del lector, usa esta expresión. En el mundo bíblico y en todo el AT se habla de la «Pascua del Señor», la «Pascua de *Yhwh*», pero nunca se utiliza la expresión: «Pascua de los judíos» (13a). La «Pascua del Señor» corresponde a una expresión que refiere los prodigios que Dios realizó a favor del pueblo judío liberándolo de la esclavitud egipcia. A ellos, más de mil doscientos años antes, Dios les mostró su poder misericordioso sin contracambio de mérito alguno. Casi sarcásticamente, el evangelista subraya esta diferencia. Pues, la «Pascua del Señor» mutó, en los días del Nazareno, en la «pascua de los judíos». Ya no era una celebración de la presencia del Señor en medio de su pueblo sino una fiesta de y para las autoridades religiosas en conveniencia con el pueblo. Ya no festejaban al Señor y su brazo potente, sino al hombre y sus intereses. Ya no subían al templo para ofrecer sacrificios agradables al Señor, sino para ostentar la riqueza personal por medio de sus ofrendas. Ya no rendían culto al Señor Dios, creador y dador de vida, sino al dios dinero, corruptor y sátrapa de los hombres. Ya no se trataba, entonces, de la Pascua del Señor sino de la pascua de los judíos. ¿En qué sentido?

Las autoridades religiosas, los sumos sacerdotes, los escribas, los saduceos, fariseos y los jefes del pueblo, como los enumera Marcos (11,15), habían transformado la religión de acuerdo a sus intereses. No importaba si el hombre alcanzaba una relación profunda con el Señor, importaba el número y el tipo de ofrendas. Al costado del Templo de Jerusalén, que era una construcción enorme (el tamaño de 22 campos de futbol reglamentario) existía una vía larga donde se movía todo el comercio religioso, la *via herodianum* (se vendía animales, ovejas, carneros, palomas, incienso, recipientes sagrados y ornamentos religiosos; pululaban también los cambistas). Sucedió lo mismo en el Pórtico Regio. Y durante la fiesta de Pascua, los peregrinos aumentaban (José Flavio menciona más de cien mil personas). Casi igual como sucede alrededor del santuario del Señor de los Milagros o del Señor de Qoyllor Ritty, con la diferencia de que todo el comercio religioso era administrado por la familia sacerdotal de Caifás... El griterío del mercado, el comercio, los cambistas, los animales que circulaban para la venta, desde vacas y toros hasta palomas, lo mismo que el número de los holocaustos seguramente impactó y escandalizó al Maestro. «Él cogiendo un látigo con cuerdas, echó a todos fuera del Templo, con las ovejas y los bueyes; desparramó el dinero de los cambistas y les volcó las mesas; y dijo a los que vendían palomas: «Quiten esto de aquí. No hagan de la casa de mi Padre una casa de mercado» (15-16). Dos observaciones, para una reflexión actual:

Los vendedores de palomas

Se entiende que el Señor se sulfure con los cambistas y los vendedores de bueyes, pero ¿con los vendedores de palomas? Era la ofrenda de los pobres (recuerda la ofrenda de María y José). ¿Qué significa entonces? Cualquier devoto, para relacionarse con el Señor, tenía que presentar una ofrenda, o sea, comprar algo. La religión, relación con Dios, dependía (depende) de un contracambio casi económico o, podemos decir hoy, meritório; y por otro lado, de aprovechamiento del pobre, si analizamos bien el texto. Esto es lo que expulsa Jesús del Templo. Atento, entonces, si tu fe se ha construido en una especie de trueque con el Señor. Das algo, para que Él te bendiga. Como si Dios estaría atento a lo que compras y otorgas. Atento a esas florecillas cuaresmales Me privo de algo, para obtener algo del Señor. Esta espiritualidad y este tipo de sacerdotes fueron expulsados por el mismo Jesús, aquel día y en el lugar santo.

Una nueva religión

Una clarificación. El templo (*ieros*) se refiere a todo el completo arquitectónico que duró casi 50 años en ser construido. Santuario (*naos*) es el recinto sacro, el lugar del culto y donde se halla la *Sancta Sanctorum*, o sea, Dios. Jesús dijo: «destruyan este santuario (*naos*) y en tres días lo levantaré» (19b). No se refería al Templo (*ieros*) sino al santuario, o sea, al tipo de culto que se realizaba. «Destruyan este tipo de culto y yo edificaré, en tres días...», un nuevo culto agradable al Señor. Y así fue como lo subrayó el mismo evangelista: «Él hablaba del santuario de su cuerpo» (21). Semejante afirmación, suena hermoso a oídos nuestros. No para los dueños del comercio religioso. Ni para los sacerdotes de ayer y de hoy, que administran la religión como si fuera un comercio. Por eso lo sentenciaron a muerte a Jesús (Mc 11,18).

Jesús inaugura un nuevo tipo de culto. La religión del comercio y del contracambio no es el modo correcto para relacionarse con el Señor. La mejor y costosa ofrenda no mejora la vida humana, tampoco el cumplimiento de las costumbres anuales. La bendición del Señor no depende de cuántas ofrendas, flores, vasos sagrados, incienso se ofrezca al Señor, ni mucho menos de tus méritos. El dinero no puede condicionar la vida religiosa de un pueblo, de una persona o de un pobre que solo tiene para comprar un par de palomas. Dios tampoco es un banco de buenas obras. Este tipo de religión ha sido expulsada del Templo por Jesús. Oigámosle una vez más. «Destruya este tipo de culto – dijo Jesús – y yo inauguraré un nuevo culto en espíritu y verdad», lo dirá más adelante (Jn 4,23). ¿Estás dispuesto a dar este salto? Si estás dispuesto, pregúntate al menos qué es «espíritu» y qué es «verdad».